

los acontecimientos anteriores: las lecciones se borrarían en breve de su memoria, si otra ciencia, compañera fiel de la historia, no le auxiliase, grabándola profundamente en su entendimiento, y presentando á su vista los acontecimientos que la historia le ha referido. Con un mapa á la vista, la geografía le muestra los lugares que se han hecho célebres por algun hecho importante... Recorre la posición respectiva de los pueblos, calcula las distancias, examina las diferencias de climas, conoce los progresos de la industria, estudia los diferentes ramos de comercio, que constituyen el patrimonio de cada pueblo, de cada provincia, de cada ciudad...

Matemáticas. Las ciencias, que se llaman exactas, rectifican su juicio, acostumbrándole á no fundarse sino en bases sólidas. Aplicadas á los fenómenos de la naturaleza, las matemáticas le explican, con el auxilio del raciocinio y del cálculo, resultados, hasta ahora desconocidos, ó atribuidos, por la ignorancia, á causas sobrenaturales: le indican las operaciones más sencillas, y también las más complicadas, con cuyo auxilio se resuelven en un momento todos los problemas, etc.

Así, sucesivamente, se pueden recorrer todos los ramos de enseñanza que comprenda la escuela.

Los corazones, jóvenes discípulos, han recibido también sus lecciones y sus preceptos, por medio del estudio de la Historia santa, de la meditación de las páginas santas del Evangelio, del Catecismo, y de los buenos principios y excelentes máximas, que han salido de los labios de vuestros maestros, y más especialmente aún, por medio de los buenos ejemplos que os han dado. Agradeced á Dios este beneficio: para ser buenos ciudadanos y buenos cristianos, ya no teneis más que perseverar en los principios en que habeis sido educados hasta el presente: los premios que vais á recibir, han de ser un recuerdo constante, que os conserve en el camino, que con tanta gloria habeis emprendido.

ESCUELAS.

DISCURSO PARA LA DISTRIBUCION DE PREMIOS EN UN ESTABLECIMIENTO DIRIGIDO
POR RELIGIOSAS.

Jóvenes discípulas:

Al dar principio á este interesante acto, que terminará con la distribución de los premios conseguidos por la aplicación en vuestras tareas, creo oportuno resumir, en pocas palabras, las grandes lecciones de virtud, que cada día habeis recibido en este establecimiento, dirigido, en todos conceptos, con tanta prudencia y abnegación.

Para conservar en la práctica las virtudes, que vuestras piadosas maestras han hecho nacer y han cultivado en vuestro corazón, os es absolutamente necesario evitar la ociosidad, y dedicaros asiduamente al trabajo, proporcionado á vuestra condición. Escuchadme, hijos míos, dice el Sabio, no menospreciéis mis avisos, y conoceréis, al fin, cuán provechosos son: sed activos y diligentes en todas vuestras acciones, y por este medio evitaremos todos los peligros y las enfermedades (Eccl. xxvii, 31). Habla de las enfermedades, así del alma, como del cuerpo. La ociosidad debilita el cuerpo por la falta de ejercicio, y no hace menos estragos en el alma, porque es la madre de todos los vicios. Por la salud del uno y de la otra, os recomiendo, que no dejes nunca el trabajo.

Todo lo que teneis á la vista, amadas discípulas, os está diciendo en alta voz, que la perseverancia en el trabajo, que una economía prudente, alentadas por la docilidad y la oración, son garantías de la prosperidad.

En esta piadosa casa, y en el mundo también, teneis á la vista, señoritas, unas mujeres que, penetradas de las grandes é importantes verdades de la religión, hacen de la virtud la regla constante de su conducta. Prendadas de los atractivos de la piedad, consideran las gracias del cuerpo, como una flor, que el viento más leve marchita; los hombres, como un sueño agradable, del cual nada queda al despertar; las riquezas, como un depósito, de que deben dar una severa cuenta, y como un escollo, donde se pierden los más prudentes; los

placeres de los sentidos, como un anzuelo, que en una dulzura fugaz ocultan una amargura permanente; las calidades más recomendables del espíritu, como el instrumento de nuestra desgracia ó de nuestra felicidad, segun el buen ó mal uso que de ellas hiciéremos. Estas virtuosas mujeres no se ocupan sino de su casa, para que reine en ella la paz, el orden y la subordinacion.

En el mundo, en que vais á entrar, señoritas, encontrareis personas que, muy á menudo, hacen el elogio de la virtud, y que, sin embargo, no tienen nada de virtuosas: su trato es tanto más peligroso, cuanto que no se las conoce, hasta que han conseguido ganar la confianza de las personas á quienes pretenden malear: minan, poco á poco, los fundamentos, mostrando la virtud por los lados más visibles, y distrayendo la atencion, para que no se fije en lo odioso de su conducta: todos sus conatos se dirigen á seducir, por medio de imágenes vivas, agradables y brillantes.

Entre las personas que acabo de describiros en estos dos cuadros, solamente las primeras merecen vuestra amistad; porque la verdadera amistad debe estar fundada en la virtud, debe aspirar á la virtud, y debe ser dirigida por la virtud.

Así, pues, me lisonjeo de que evitais toda amistad, que no sirva para mejoraros. Tal es la amistad de las personas, que no buscarán en la vuestra sino su utilidad propia, que no os advertirán de lo que os conviene para vuestra salvacion; y, sobre todo, mirad con horror la amistad de las personas, que os seducirán para pecar, ó que adularán vuestros defectos.

Al contrario, hijas mías, buscad la amistad de vuestras compañeras, que reconozcáis inclinadas al bien, y en las cuales observeis algunas buenas calidades, que podáis imitar, y que os alienten en el camino de la virtud por sus buenos ejemplos y sus buenas conversaciones, que os ayuden con sus consejos, que no os lisonjeen en vuestros malos hábitos, y que os adviertan libre y caritativamente, segun esta bella frase del Sábio: *Las heridas de un amigo son preferibles á las caricias de un enemigo* (Prov. II).

A estas primeras recomendaciones, mis queridas hijas, añadiré otras, que no contribuirán ménos á vuestra dicha, que á ponerlas en práctica. La juventud es ciega y sujeta á muchas faltas; incapaz de dirigirse por sí misma, tiene necesidad de ser dirigida por otras personas más previsoras, y de someterse á su direccion. Esta sumision se llama *docilidad*; la cual es una virtud, que hace amar, recibir, buscar y practicar las enseñanzas, los consejos, las exhortaciones, y aún las reprensiones, para seguir en el buen camino. Puede llamársele

adorno de la juventud, el medio de adquirir la buena educacion, la madre de todas las virtudes en las jóvenes, el origen de todos los bienes, la causa de nuestra salvacion.

La obediencia es la hija de la docilidad; es una virtud necesaria á la juventud; virtud fundamental, sin la que no es posible alcanzar una sólida piedad; por esto dice el Sábio: *El justo pone todo su estudio en la obediencia* (Prov. xv, 28). Además de que, la obediencia, no solo es necesaria en vuestra edad, sino que le es propia y natural: una niña indócil es una especie de mónstruo. Cierta autor antiguo, en la enumeracion que hacia de los desórdenes que inundaban el mundo, cita, en tercer lugar, la desobediencia de un niño.

Así, pues, vosotras, hijas mías, amareis á esa virtud tan propia de vuestro sexo, y, además, tan eficaz para haceros verdaderamente virtuosas por todos los dias de vuestra vida.

La castidad, dice S. Cipriano, es la flor y el embellecimiento de las costumbres, el honor del cuerpo, el fundamento de la santidad, una predisposicion para todo género de virtudes. Así como Dios reviste á los árboles de hojas, para preservar su fruto de los rayos del sol y de la inclemencia del tiempo, así tambien, ha dado á la castidad el pudor y la modestia como un abrigo tutelar, para preservarla del hálito pestilente del mundo. ¡Cuán bello y amable es el pudor, que se descubre en el rostro de una doncella! No hay una señal más manifiesta de la sencillez de paloma, ni un testimonio más auténtico de una verdadera inocencia.

Además del pudor, la *modestia* es, así mismo, absolutamente necesaria á la castidad. La modestia evita todo cuanto puede haber de desordenado en el exterior de una jóven, en sus miradas, en su andar, en su ademan, en su traje y en sus palabras.

Procurad, pues, que no se descubra la inmodestia ni la disipacion en vuestras miradas, ni en vuestros procedimientos, ni en vuestras acciones.

Para llegar al término feliz donde la virtud es recompensada, debéis tomar por guia fiel á la piedad, la cual, en el largo y espinoso camino de la vida, os dará consejos sábios y prudentes. A la manera de un salvaguardia vigilante, la piedad os apartará de las malas compañías, y os descubrirá los lazos dispuestos contra vuestra inocencia, escudándoos contra toda clase de peligros por medio de la oracion. La piedad escogerá vuestras lecturas, vuestra sociedad, vuestros juegos y vuestras diversiones.

Tiernas madres, religiosos padres, os devolvemos, por espacio de algunas semanas, el depósito precioso que nos habiais confiado. Estas

niñas, puras como un espejo que no ha empañado ningun hálito, van á disfrutar de la brillante y peligrosa época de las vacaciones: ponedlas bajo la égida de vuestro amor: estad atentos y prontos para desviar de ellas todo cuanto pudiera afectar á su inocencia y piedad angelical.

EXCUSAS DEL PECADO Y DEL PECADOR, véase DISCULPAS, GRACIA é INSPIRACIONES.

ESPECTÁCULOS.

Ostendit ei omnia regna mundi, et gloriam eorum.

Mostróle todos los reinos del mundo, y la gloria de ellos.

(MATT. IV, 8.)

El santo Evangelio nos dice, que el demonio se atrevió á hacer á los ojos del Salvador una ostentacion de pompa y magnificencia, en la que algunos santos Padres, han visto figuradas las ilusiones con que el ángel de las tinieblas, en ciertos espectáculos, fascina á los ánimos. Atento á sacar partido de la afiecion de los hombres á las vanidades del mundo, se las presenta, á veces, bajo la forma de los espectáculos más seductores, y gózase en su derrota, en el momento mismo, en que creen hallarse al abrigo de sus furoros y de sus asechanzas.

En vano se pretende defender toda clase de espectáculos, calificándolos de escuelas en que se ilustra el espíritu, en que se corrigen las costumbres; en vano se procura hermanar todas sus máximas con las del Evangelio, é interpretar la religion en su favor; es un atentado á la moral cristiana, una blasfemia contra la verdad, contra la cual todas las leyes divinas piden justicia, como contra un crimen enorme, y contra el mayor escándalo que hubo jamás. Muchos espectáculos son obra del demonio, y pocos son los que no ofrecen peligro: en la mayor parte, levanta su trono el enemigo de nuestra salvacion, y para perdernos, nos muestra toda la gloria ó vanidad del mundo.

Jesucristo, que quiso ser tentado en su persona, para enseñarnos á sufrir la prueba de la tentacion y á resistir, permitió, que Satanás expusiese á su vista todo el vano esplendor de las riquezas y de las grandezas, como un ejemplo de lo que aquel padre de la mentira debe hacer, un dia, con nosotros. Quiere precavernos contra sus asechanzas, y prevenirnos contra la seduccion, con que aquel ángel perverso nos encubrirá los peligros de ciertos espectáculos y sus horrores.

En efecto; siempre malicioso y astuto, el demonio reúne en algunos espectáculos lo más deslumbrador y peligroso que ofrece el mundo. Aquí, emplea las palabras y los sonidos más propios para inspirar amor á la voluptuosidad; allí, se vale de lujosos trajes para ostentar el encanto de los más brillantes colores, y esa mezcla, que admira y arrebatá, deslumbra los sentidos, subyuga el alma, y acaba por romper los corazones.

El teatro, algunas veces, es el templo del demonio, erigido contra el de Jesucristo; el ídolo de Dagon, que insulta al arca santa; la abominacion de la desolacion, en medio del cristianismo.

No pocos espectáculos ofrecen grandes escollos para la inocencia y para la virtud. Esto es lo que me propongo demostraros. Imploramos los auxilios de la gracia A. M.

1. Si algunos espectáculos no son realmente las máximas del mundo y las pompas de Satanás, á las cuales hemos renunciado, no hay en la tierra obra de mentira ni vanidad, y nuestra renuncia solo se refiere á fantasmas y quimeras. En efecto; ¿dónde hallar más verdaderamente que en ciertos espectáculos, el lujo, tan opuesto á la pobreza evangélica; el espíritu mundano, tan contrario á la sencillez cristiana; la molicie, tan incompatible con la austeridad de nuestros deberes; el amor profano, tan enemigo de la pureza angelical, que debe formar nuestras costumbres?

En ciertos espectáculos, se ocultan todas las virtudes, se ostentan todos los vicios, la venganza toma el nombre de magnanimidad, la ambicion el de heroismo, el orgullo el de elevacion, y la falta de pudor el de sentimiento. En los espectáculos, el arte se esfuerza en refinar los placeres, en introducir el lujo y la voluptuosidad por los oidos y por los ojos, para saciar con ellos el alma, y para hacerles triunfar. En los espectáculos, se gozan todas las pasiones, y encuentran cuanto puede lisonjearlas y favorecerlas, de suerte, que las máximas del mundo y las pompas de Satanás se representan, á cada instante, como el principal objeto de los actores. He citado en primer término las